

LETRAS DE UNA ANTILLA VENEZOLANA

AURA MARINA BOADAS
Universidad Central de Venezuela

La definición del Caribe en términos de Cuenca, donde se incluyen tanto los territorios insulares como los continentales costeros, es una aproximación bastante generalizada en los estudios económicos o políticos de la Región. Paradójicamente, los críticos literarios no han adoptado esta perspectiva metodológica de forma sistemática. La óptica generalmente utilizada en los estudios literarios caribeños es aquella que concibe la región como un conjunto de islas. Esta visión insular no es totalizadora pues los estudios literarios no abordan el Caribe como un archipiélago consolidado, sino que lo han parcelado por áreas lingüísticas. Y, dentro de cada área, se ha puesto de manifiesto el predominio de historias de las literaturas nacionales.

No obstante, la lectura de textos de distinta procedencia (Haití, Jamaica, Puerto Rico, por ejemplo) permite afirmar que, a pesar de la evidente diversidad, existen formas simbólicas comunes que establecen vínculos profundos entre numerosas obras de la región. Se impone aquí, para entender la dinámica caribeña, incorporar la postura que propone la adopción de los conceptos matemáticos de conjunto y subconjunto, como una forma de representarse la totalidad con base en sus rasgos más genéricos pero integrada por subconjuntos que permitan la inclusión de elementos específicos. Así la pluridentidad o identidad general comprendería las identidades particulares, es decir, la variedad y las identidades particulares registrarían la especificidad (MORENO, 1992: 60)

Se entiende entonces que la producción literaria de cada una de las islas presenta rasgos particulares, al tiempo que también comparte una visión del mundo con los territorios vecinos. En el presente trabajo queremos extender la noción de "vecindad" hasta el continente con miras a determinar la pertinencia de considerar a la literatura venezolana, o parte de ella, como caribeña.

La realidad venezolana presenta como elementos constitutivos una vertiente amazónica, una andina y una caribeña. Haciendo uso de la terminología antes propuesta

nos interesa aquí el subconjunto representado por la vertiente caribeña. Ahora bien, al observar la costa venezolana encontramos territorios que, a pesar de su vínculo caribeño, tienen rasgos específicos no compartidos entre ellos. Se nos impone nuevamente la consideración de subconjuntos, para afirmar que en Venezuela existe un "Caribe negro", formado por aquellas regiones donde hubo asentamientos de esclavos y donde hoy permanecen sus descendientes; un "Caribe urbano", representado por las ciudades situadas en la franja norte del país; y un "Caribe insular", donde se cuentan las islas venezolanas.

Para realizar este análisis partimos del conjunto "Venezuela", del cual nos interesa el subconjunto "vertiente caribeña" y, dentro de éste, focalizamos en el subconjunto representado por el "Caribe insular". Así pues, nuestra atención será para la producción literaria de la Isla de Margarita, territorio insular venezolano, que constituye una de las facetas caribeñas de Venezuela. La Isla de Margarita se presenta como un espacio que se identifica, por ciertas características, con la República de Venezuela de la cual depende políticamente, y por otras, con la región caribeña con la cual comparte un conjunto de valores sociales y culturales. Esta doble pertenencia al contexto continental y al insular, ubica a esta antilla venezolana, como la denomina el geógrafo francés Guy Lasserre, en un lugar privilegiado para la comprensión de los elementos de unión y de discordia entre ambos espacios. Se trata de un caso similar al de la isla de Cuba, la cual participa simultáneamente del devenir caribeño y del latinoamericano.

La literatura margariteña ha sido muy poco estudiada en su conjunto, existiendo sólo aproximaciones a la obra de algunos autores que han logrado trascender las fronteras naturales impuestas por la insularidad. Ha sido referida la existencia de "*... cierto olvido, voluntario o no para rescatar esta literatura, que [la] ubique primero en el plano insular y posteriormente en el plano nacional que sería lo vital, lo trascendente*" (CEDEÑO, 1983: 2). Olvidada por la crítica oficial, la literatura margariteña vive en nuestros días la indiferencia sufrida otrora por las literaturas caribeñas, cuya existencia era puesta en duda cada vez que alguien afirmaba: ¿... Y en esas islas se escribe?, o en su variante étnica, ¿esos negros escriben? La existencia soterrada constituye, pues, el primer punto de contacto entre ambas producciones literarias.

Sin embargo, más allá de este elemento que involucra esencialmente la recepción de la producción literaria, nos corresponde destacar la existencia de constantes que se ponen de manifiesto en las obras narrativas y que generan un parentesco ineludible, producto de una sensibilidad que podríamos denominar "sentir caribeño", que se ha conformado a través del tiempo sobre la base de vivencias comunes: esclavitud, colonización, neo-colonización, cimarronaje, mestizaje, insularidad, entre otras.

Coordenadas de la narrativa margariteña actual

La lectura de los textos margariteños tiene el poder de ubicarnos en ese espacio vital. El procedimiento utilizado para ello es la ambientación. Se destaca aquí el rol de la naturaleza y de los elementos que la conforman. El sol, la tierra, el viento y el mar enmarcan los ambientes donde se desarrollan los hechos; en muchos casos cumplen una función de decorado, no obstante, hay ocasiones en las que ellos llevan la tensión del hilo narrativo, lo cual se acentúa con el recurso de la humanización. Al adquirir capacidad de decisión y actuación los elementos se convierten en sujetos que alternan con los personajes. Esto puede ilustrarse con la siguiente descripción:

El mar es como un hombre —decía Juan Costa para sus adentros— [...] Es como un Dios! Es como un Démonio! Es apacible a veces. De cuando en cuando es tormentoso. Es indomable, violento, iracundo, torpe, sensual, sádico. (NARVÁEZ, 1974: 491).

Especial mención merece el mar, el cual está presente casi en la totalidad de las obras. Se trata de un rasgo característico de esta escritura, que no hemos encontrado, con tal intensidad, en otros textos narrativos del Caribe a los que hemos tenido acceso hasta ahora, donde el mar generalmente puede ser un referente lejano tanto para los personajes del campo (campesinos) como para los de la ciudad (obreros). En la narrativa margariteña la vida depende del mar pues la pesca se presenta como la primera actividad económica; también, es el mar quien decide sobre la vida y la muerte al brindar tiempos de pesca abundante, o bien, días de naufragio.

Esta observación nos da pie para afirmar que la convivencia del hombre con su entorno es fraterna. Mar, hombre, sol y peces tejen una trama de relaciones marcadas por el afecto y la violencia, al término de las cuales no hay cabida para odios o resentimientos. Los malos momentos (tempestades, grandes marcas, naufragios, mordeduras de peces) no son asumidos como trágicos sino como algo que forma parte de la cotidianidad.

Esta capacidad para aceptar lo que "venga", está íntimamente ligada a la percepción del tiempo que tienen los personajes. Hemos seleccionado dos frases para definir los contornos del tiempo margariteño:

Aquí el tiempo no está dividido por el interés, por el dolor ni por la convención banal. Lo compara con una dulce interrumpida corriente en la que va flotando con íntima voluptuosidad. (FUENTES, 1974: 407).

La vida volvía a correr apacible y monótona alentada solamente por el continuo humo de los hogares y algún cantar apasionado. (CASTRO, 1974: 465).

Se observa la monotonía de la vida en estos espacios, donde la pobreza obliga a los hombres a vivir al día y siempre a la espera de algo que va a llegar. La precariedad de los medios de vida existentes ha generado una cultura de la expectativa. Y, si bien, pareciera que los hombres aceptan con tranquilidad el estado de las cosas, en su fuero interno ellos no creen en la inamovilidad de las situaciones y siempre están a la espera de un cambio. De allí el siguiente diálogo:

- ¡Caramba! — exclama el capitán—. Y en qué funda usted esas esperanzas?
- Sencillamente en que este estado de cosas no puede ser eterno. (LÁREZ, 1960: 25).

En diversas obras analizadas se observa una presencia constante del entorno caribeño. Se encuentran reiteradas referencias a las islas vecinas, con lo cual trasluce la vocación marinera de esta comunidad que se siente copartícipe de una realidad y de un destino común. Esta clara consciencia de pertenencia a la región queda verbalizada en la obra *Paraíso del Caribe* cuando su autor afirma que “Las Antillas son páginas de un libro que todavía se está escribiendo en varias lenguas”. (NARVÁEZ, 1974: 490).

Las narraciones margariteñas también reproducen el habla del común de los pobladores, quienes designan con vocablos regionales (neologismos o arcaísmos) plantas, animales, oficios, objetos y lugares. Regularmente estos términos aparecen resaltados, bien sea con comillas o con itálicas:

Los hay grandes torpes y silenciosos como el alcatraz; otros menudos, como los “torrillos”, que son un milagro de resistencia y levedad; otros medianos, de albura de paloma, vocingleros como las “tirras”. Picos rojos, amarillos, negros... (FUENTES, 1974: 407).

No obstante, en varias obras de las dos últimas décadas, los regionalismos son incorporados sin mediar llamados de atención. Esto se considera como un paso en avance pues demuestra un mayor dominio del lenguaje y una mayor autonomía creadora que pone sus distancias con la crítica oficial y la lengua estándar, para acercarse al hombre insular y adoptar su lengua. Similar situación se dio en las literaturas francófonas

cuando las palabras propias del créole o del francés antillano dejaron de tener notas explicativas al pie de página.

El trabajo de subversión de la lengua, a la manera de Césaire o de Ana Lydia Vega, no se pone en evidencia en la narrativa margariteña. Aquí no hay un deseo expreso de "cimarronear" la lengua, pues el español no es sentido como el idioma del opresor, realizándose sólo aportes de orden lexical. En Margarita las comunidades indígenas fueron exterminadas casi en su totalidad y no hubo asentamientos o enclaves de negros que perduraran en el tiempo, situación que ha marcado la conformación de una comunidad mestiza que se autodefine como "blanca" y que no tiene una lengua de comunicación distinta al español.

La destrucción de las barreras entre los géneros también ha sido una bandera de los escritores caribeños. La misma se pone de manifiesto cuando la poesía alterna con pasajes epistolares y los elementos novelescos con cuentos de factura oral. Esta tendencia, bastante marcada en las literaturas caribeñas, presenta ecos en la literatura margariteña donde la oralidad tiene gran importancia dentro de las narraciones. Aquí los pasajes de carácter oral como pueden ser cuentos, adivinanzas, dichos o chistes, coexisten con reflexiones sobre la importancia de la palabra hablada y sus formas de expresión para lograr intensidad en el relato:

Chano paraba aquí la transcripción de su relato. Era un truco. El relato, sin duda, tomaba interés máximo [...] Hacía un alto. Alto sentimental para llegar a los verdaderos puntos espeluznantes y emocionales del relato. Si no hacía eso, no había fuerza para la parte que requería toda su plenitud y genio hablador. Prendía un tabaco y tomaba café. Hacía que los demás también probaran el cafecito, para alentarlos y darles fuerza, cosa de que nadie flaqueara al oír o se fuera deshecho sin enterarse del resto. (CASTRO, 1974: 457).

Y desde la imaginación infantil hasta la de los mayores, la vida en el día de Chemara se mantenía en una incógnita. Todos inventaban a su manera y según su edad y experiencia, casi siempre en proporción directa en cuanto a fantasía. A los grandes se les ha contado más y ellos creen que han visto. Lo que era esbozo en el Pelao, era obra completa en Vira. Y la vida de Chemara en los corrillos de los grandes era gusto de oírse contar. Se discutía por la diversidad de versiones, pero siempre vencía el más pintoresco e inverosímil. Lo cierto. (CASTRO, 1974: 470-471).

Tal como se observa, se trata de tejer historias a partir de las vivencias cotidianas, por ello cualquier acontecimiento adquiere con prontitud categoría de "cuento" (o "cacho") y su desarrollo se efectúa a medida que el mismo es narrado o "echado" (obsérvese la similitud con la expresión franco-antillana que se utiliza en estas ocasiones: "tirer des contes") gracias a la incorporación de detalles y explicaciones por parte de cada uno de los oyentes quienes se convertirán, a su vez, en narradores. Este ejercicio de imaginación permanente se encuentra reflejado en la narrativa de diversos autores quienes recrean así este rasgo creativo del pueblo margariteño.

La cotidianidad, además de suministrar elementos para la ambientación de las obras, es precisamente el lugar de origen de los motivos que recorren la escritura caribeña los cuales, sobre la base de su resurgencia de isla en isla, adquieren carácter de temas: soledad, exilio, historia, naturaleza.

La soledad es una condición que está presente en la mayoría de las obras narrativas margariteñas. Es la soledad del hombre en medio de la pobreza, frente a una naturaleza avasallante o ante la injusticia política. Angel Félix Gómez (1938), escritor nacido en Margarita, verbaliza esta situación al incorporar en su léxico el neologismo "solamar" para definir la realidad de las islas.

Ahora bien, ante esta condición de hombres desvalidos, los personajes de las novelas margariteñas adoptan diversas soluciones que pueden tipificarse todas bajo el calificativo de exilio. Este puede ser físico, mediante un viaje, o mental, cuando los personajes se apartan voluntariamente de su entorno. Numerosas obras caribeñas tratan este tema: *La famille Vortex* (Jean Metellus), *Quand la neige aura fondu* (Joseph Zobel), *Gouverneurs de la rosée* (Jacques Roumain), *Compère Général Soleil* (Jacques Stephen Alexis), *La Llegada* (José Luis González), *Harlem todos los días* (Emilio Díaz Valcárcel) recogen viajes por motivo de estudio, políticos o de trabajo.

Si tuviéramos que caracterizar la literatura margariteña con una palabra diríamos que es la escritura del exilio, pues son muy escasos los textos donde el problema no es tratado. La pobreza y la carencia de recursos económicos constituyen la motivación esencial para salir a la aventura, tal como lo refieren los siguientes comentarios:

...he decidido al fin sumarme a las grandes legiones de coterráneos que emigran de Margarita hacia otras regiones de la Patria.

[...]

No me anima en este viaje el espíritu aventurero que se le atribuye al hombre de la Isla; sino, simplemente, una vital necesidad. Creo y seguiré creyendo que el margariteño no abandona su tierra por razón de gusto; y que si ha ido a formar

colonias al Delta del Orinoco, en la Costa de Güiría, en Caracas, en Maracaibo y en otras regiones, es porque en ellas encuentra los elementos necesarios de que carece en Margarita, para poner en función su capacidad de hombre eminentemente trabajador. (LÁREZ, 1960: 5-6).

Otra vía para eludir la soledad la brinda el alcohol. Es recurrente la presencia de personajes que ahogan su angustia en la bebida, al punto que de marineros y hombres de trabajo pasan a ser borrachos y mendigos que deambulan por las calles viviendo de la caridad.

Los autores censuran generalmente estas prácticas de exilio haciendo ver que no constituye una solución a los problemas. La partida conlleva un desgarramiento que distancia al hombre de sí mismo y de la comunidad que lo vio nacer y la bebida engendra el rechazo de los coterráneos quienes perciben al alcohólico como débil y cobarde ante la realidad que debe enfrentar. Ante estos hechos, la soledad que había motivado el viaje (físico o mental) no hace más que acentuarse y arrojar al hombre en la inercia.

Un elemento particular es la imagen del negro que recorre las obras margariteñas. Es un hombre considerado ajeno a la comunidad por el resto de los personajes. Es un extranjero proveniente generalmente de alguna de las islas vecinas (Trinidad, Martinica...). Paradójicamente, no se hace referencia a los negros nacidos en la isla. Pensamos que esta omisión responde al hecho de que estos negros son considerados ante todo margariteños, por lo que su color de piel pasa a un segundo lugar y no es motivo de discriminación. Esta tendencia a obviar el elemento negro demuestra, sin embargo, cierto prejuicio y nos parece bastante similar a la que se da en República Dominicana donde generalmente los rasgos negroides son atribuidos a un ascendente indio.

Las novelas caribeñas están siempre marcadas por un tiempo histórico que organiza los hechos. Las resurgencias indígenas, la esclavitud, el cimarronaje y las luchas anti-colonialistas constituyen un lugar común, donde se apoyan los escritores para mostrar los acontecimientos que están en la base de las actuales sociedades. Se observa un énfasis en el dolor que causaron algunos de estos hechos, seguramente con el deseo de que no se repitan, así como también se pone de manifiesto la exaltación de los movimientos de resistencia con la finalidad de erigirlos en ejemplo para las nuevas generaciones.

La presencia de sucesos de carácter histórico en las obras margariteñas es una iniciativa que reactualiza una práctica bastante usual en las comunidades rurales como es la evocación de ciertos hechos históricos y naturales para ubicar los acontecimientos en el tiempo. Por consiguiente, las fechas no tienen importancia alguna pues son los

hechos los que acompañan la vida. Vale acotar, que son los narradores de las últimas décadas los que están haciendo un uso más sistemático del elemento histórico para hacer frente a la tendencia de los nativos de la Isla de percibir la historia como remota en el tiempo y, por ende, sin repercusiones sobre sus vidas.

En la actualidad algunos escritores se han dado a la tarea de abreviar en las fuentes coloniales (Archivo de Indias, Archivos Diocesanos) con la finalidad de reconstruir un pasado, glorioso sin duda, que sirva de acicate a la comunidad para hacer frente al nuevo colonialismo, representado por una figura comercial que ahoga a la isla bajo un régimen de puerto libre, tal como lo describen estas líneas: *"Paraíso del caribe mar de las antillas vendido al mejor postor Sobre el morro de Charaima pasan guanaguaremas funerarios anunciando vientos negros sobre Puertomar solamar"* (GÓMEZ, 1985: 2)

El tratamiento crítico de los problemas sociales que comienza a percibirse en ciertas narraciones margariteñas parece ser la respuesta favorable a los comentarios que a manera de "manifiesto" hiciera el escritor Chevige Guayke cuando en la presentación a una antología de cuentistas margariteños afirma que éste debe ser un "... tiempo de escrituras agresivas, viscerales. La escritura debe irrumpir subversivamente en medio de un país que, según parece, no tiene ningún doliente. [...] Que la escritura sea, en buena parte, el expediente del país. Nada de transigir frente a los propiciadores de una literatura congelada, insensible, bonita" (GUAYKE, 1993: 10).

En este sentido tanto el deseo de exilio, como la incorporación de la historia, en términos de elementos de cohesión de la comunidad, pueden ser considerados como actitudes que apuntan desesperadamente hacia la libertad. En la literatura margariteña los hombres quieren escapar de la pobreza que los agobia y que resienten como un yugo que castra su ser. Esta condición de carencia se encuentra dramáticamente reseñada por los cronistas que durante la colonia se desplazaron por la región y dejaron constancia del desabastecimiento de la Isla en alimentos, agua y otras mercaderías de subsistencia. En la actualidad se observa cómo, cuatro siglos después, la literatura margariteña aún destila miseria y soledad.

Hemos podido detectar en algunos textos el tratamiento de hechos y manifestaciones propios de la Isla mediante la utilización de lo maravilloso. Este es un punto de coincidencia con el resto de la narrativa caribeña, la cual se desplaza continuamente entre dos visiones del mundo. Por una parte, la constituida por circunstancias propias de la región, que podemos denominar realidad material, y por otra, la que exalta la percepción de los hombres sobre su realidad, en otros términos la realidad vivida. Esta dialéctica ha recibido diversas denominaciones por parte de la crítica —realismo

mágico, real maravilloso, realismo maravilloso— y, en la actualidad, continúa el debate sobre sus características y condiciones de formación.

La narrativa margariteña en el contexto caribeño:

Convergencias y divergencias

Se impone ahora, comentar los puntos de convergencia y/o divergencia que hemos encontrado entre la literatura margariteña y la del resto del Caribe, con especial referencia a la narrativa francófona por ser la que mejor conocemos. Como inicio, podemos afirmar que existen varios puntos de encuentro entre ambas literaturas. Inicialmente, podemos señalar la presencia de la temática del exilio, el cual representa para los caribeños una posibilidad de existencia que les permite vivir lejos de la rudeza que caracteriza desde hace siglos la realidad de las islas. También, resaltan las constantes referencias al aislamiento, a la pobreza, al desamparo del hombre y a la soledad de las islas.

Otro punto de identificación se establece a partir de la presencia de elementos de carácter oral en los textos, bajo la figura de cuentos, chistes y leyendas. Estas últimas son asumidas, en muchos casos, como reales por los personajes, quienes adoptan una actitud de absoluta ingenuidad ante estos relatos. De esta forma, la realidad se agranda y a la cotidianidad verificable se superpone una realidad maravillosa producto de la mirada de asombro de los personajes.

La incorporación de hechos de carácter histórico también es compartida por ambos contextos; aunque de manera incipiente en la narrativa margariteña, la historia constituye un espacio de reencuentro con los orígenes y, por ende, de reconocimiento de lo que se es, bagaje requerido para emprender cualquier acción para la emancipación. Por último, también se observan coincidencias en cuanto a lo que podemos definir en términos de ambientación; por ello entendemos todos los recursos de los cuales se sirve el escritor para recrear la realidad física de las islas. Se otorga una gran importancia a los elementos de la naturaleza, los cuales trascienden su carácter de decorados al humanizarse. También el trabajo lingüístico de incorporación de vocablos regionales está presente.

Es preciso anotar que hemos detectado algunos puntos de divergencia. En el área margariteña no encontramos un trabajo de “deconstrucción” de la lengua como en el resto del Caribe. Tampoco se ponen de manifiesto dos elementos considerados básicos de la literatura caribeña como son la presencia del carnaval y de la música. Por otra parte, la religión, punto neurálgico de numerosas obras caribeñas, aparece en las obras margariteñas en términos de invocaciones a la Virgen, las cuales, por su recurrencia,

se lexicalizan y vacían de contenidos específicos para constituirse en "muletillas". También es importante señalar la ausencia de problemas de carácter étnico en la isla venezolana, lo que contrasta con la narrativa caribeña donde la temática ha tenido un amplio desarrollo.

Recordemos nuestra afirmación inicial según la cual Venezuela tiene tres caras hacia el Caribe: una insular, una negra y una urbana. Cada una de ellas constituye una versión del ser caribeño, que caracteriza al país y que permite a cualquier visitante proveniente del Caribe sentirse en la costa venezolana como en su tierra. Para completar el perfil de la literatura caribeña venezolana se impone estudiar la producción que aborda la problemática racial y la urbana. No obstante, desde ya podemos afirmar que la narrativa margariteña constituye una de las páginas de la escritura caribeña. Y es importante señalar aquí que ello se debe a que los puntos de contacto con el resto de las literaturas del Caribe, se dan en aquellos elementos que podríamos definir de orden esencial como son la concepción del tiempo y del espacio y la condición del hombre.

A partir de las consideraciones aquí expuestas se impone la incorporación de elementos de análisis adicionales, tales como la consideración de la metodología de subconjuntos para abordar el Caribe, en términos de partes que constituyen un todo. Esto conducirá, sin duda, a la reevaluación de ciertas variables de análisis, de orden geográfico, étnico y lingüístico, consideradas hasta ahora como imprescindibles y que, a la luz de un corpus más extenso como el que hemos utilizado aquí, cobran un carácter parcial, dando paso a variables que realmente apuntan a lo esencial del "sentir caribeño".

Bibliografía

- Castro, Luis. 1974. "Vira". En: Efraín Subero. *El mar en la literatura venezolana. Prosa*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, p. 439-487
- Cedeño, Carlos. 1983. *Panorámica de la literatura margariteña desde 1935 hasta 1979*. Isla de Margarita (Trabajo de Grado para optar al título de Licenciado en Letras-UCV).
- Fuentes, Vicente. 1974. Evasión. En: Efraín Subero. *El mar en la literatura venezolana. Prosa*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, p. 399-416.
- Gómez, Ángel Félix. 1985. *Solamar*. Porlamar: Ediciones Guaicamar.
- Guayke, Chevige. 1993. *Antología de narradores neoespartanos*. Porlamar: Gobernación del Estado Nueva Esparta.
- Lárez Granados, Francisco. 1960. *Éxodo*. Isla de Margarita: Avance.
- Moreno Colmenares, José. 1992. *La Dimensión Caribeña Venezolana*. En: *Del Caribe*. Santiago de Cuba (nº 19), p. 58-64.
- Narváez Alfonzo, H. 1974. *Canción de espumas*. En: Efraín Subero. *El mar en la literatura venezolana. Prosa*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, p. 491-496
- Narváez Alfonzo, H. 1974. *Paraíso del Caribe*. En: Efraín Subero. *El mar en la literatura venezolana. Prosa*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, p. 489-491.